

EL BARCO
DE VAPOR

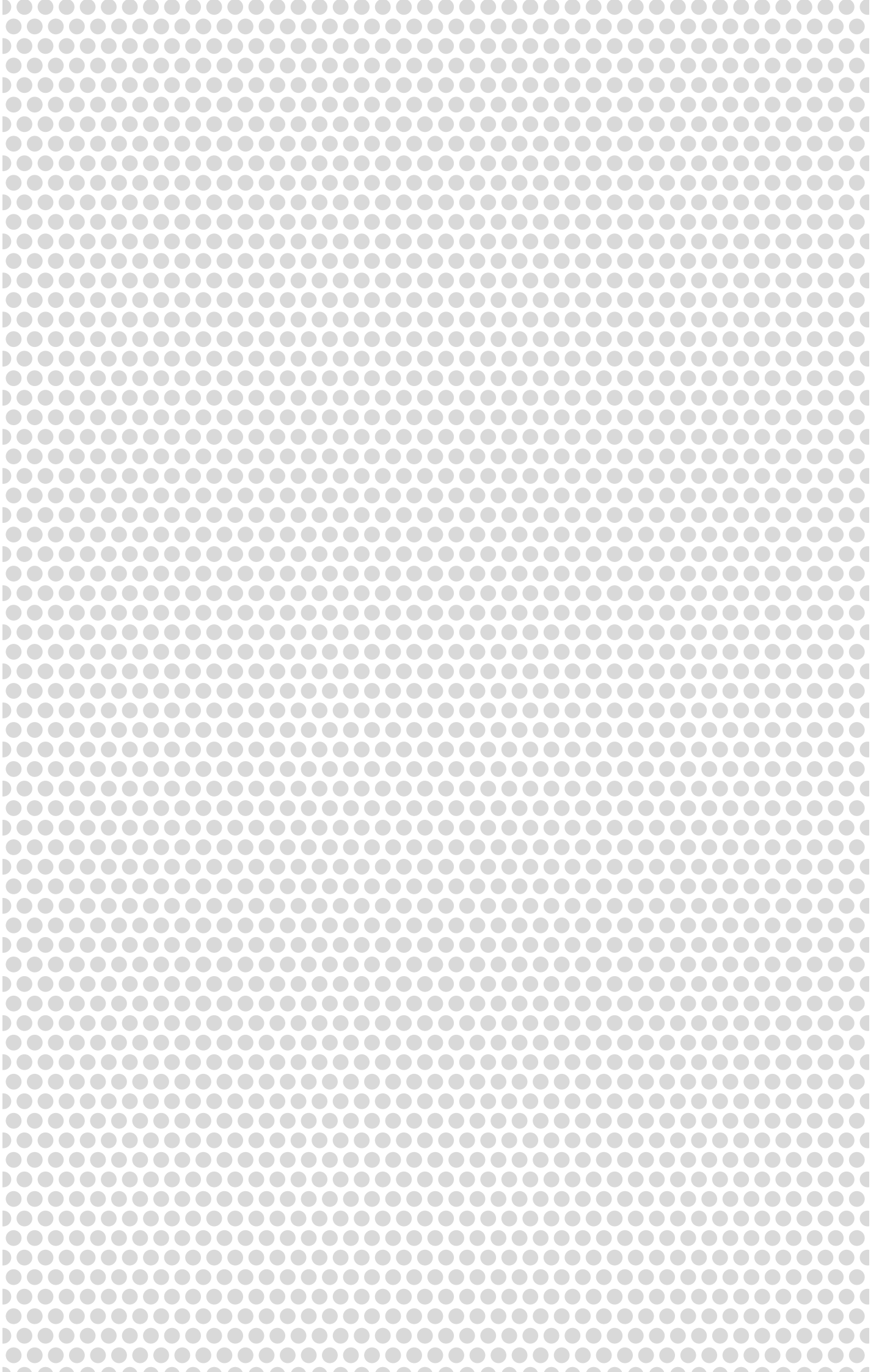
Mari Pepa y el Club de los Pirados

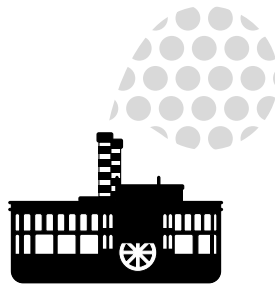
Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones
de Xavier Mula



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Mari Pepa y el Club de los Pirados

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Xavier Mula



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Alfredo Gómez Cerdá, 2016
© de las ilustraciones: Xavier Mula, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9053-1
Depósito legal: M-26897-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Marcos y Rubén,
que también empiezan
a hacerse preguntas.*

● 1

PIEL AMARILLA

TERMINÓ DE SECARSE y, como sintió un poco de frío, se envolvió en la toalla. Le encantaban su suavidad y su olor. Se acercó al espejo, por algunas zonas empañado y por otras no, como un cielo salpicado de nubes algodonosas. Se quedó inmóvil frente a él y observó su reflejo, que se iba aclarando poco a poco. Le hacía gracia descubrir su rostro y parte de su cuerpo, como si apareciesen en medio de la niebla que el sol de la mañana empezaba a deshacer.

«Esa soy yo –pensó–. Ese pelo tan negro y tan liso es mi pelo. Esa cara redondeada es mi cara. Esa nariz tan pequeña es mi nariz. Esa es mi boca sonriente, esos son mis mofletes sonrosados, esa es mi frente despejada... Y esos ojos pequeños y oblicuos son mis ojos».

Luego, se observó con más detalle. Incluso acercó su cara al espejo para verse mejor. Por último, dejó que la toalla cayese al suelo y contempló su cuerpo. Negó con un gesto muy seguro de su cabeza.

«No tengo la piel amarilla. Amarilla es la corteza de un limón. Amarillas son las plumas del canario de la vecina de arriba. Amarilla es la camiseta de la selección brasileña de fútbol. Mi piel... es distinta, sí, pero no es amarilla».

Como era muy friolera, notó que se le empezaba a poner la piel de gallina.

«¡Piel de gallina! ¡Piel amarilla de gallina! ¡Piel de gallina amarilla!».

Comenzó a vestirse a toda prisa con la ropa que había dejado colgada en una de las perchas del cuarto de baño y que poco antes, no sin trabajo, había elegido entre la que abarrotaba su armario.



Por último, se lavó los dientes, se echó un chorro de colonia y se peinó con los dedos. Su pelo era tan liso y agradecido que ni siquiera necesitaba peine.

Antes de salir, volvió a acercarse mucho al espejo y, con ambas manos, se agarró los párpados y tiró de ellos hacia arriba, intentando que sus ojos se abriesen al máximo. Pero en cuanto los soltó, los pliegues de su piel volvieron a caer sobre ellos, empequeñeciéndolos y alargándolos.

—Mari Pepa —dijo en voz alta—. Mari Pepa García Pérez. Ese es mi nombre. Mi madre se llama Mari y mi padre Pepe. Por eso no tuvieron que pensar mucho para encontrar un nombre para mí. No conozco



a ninguna niña que se llame como yo, incluso a algunas personas les hace gracia que me llame así. Mi profesora de Lengua me dijo en una ocasión que mi nombre parecía antiguo. No sé por qué. Yo no lo cambiaría por otro.

Se puso una pinza en el pelo, por encima del flequillo redondeado, hacia un lateral. No le gustaba y la cambió de sito. Tampoco le gustó el nuevo emplazamiento y, finalmente, desistió de ponérsela.

–¡Mari Pepa! –exclamó, y se miró fijamente en el espejo, como si quisiera decirse algo muy importante–. ¡Cómo puedes llamarte Mari Pepa García Pérez y tener esta cara de china!

Alguien intentó abrir el cuarto de baño desde fuera. Al no conseguirlo, golpeó varias veces la puerta con los nudillos.

–¿Por qué te encierras en el cuarto de baño? ¡Qué manía te ha entrado! Vamos, date prisa o llegarás tarde al colegio.

–Ya voy, mamá –respondió Mari Pepa.

Al llegar a la cocina, donde desayunaba todas las mañanas, se llevó una sorpresa. Junto a su taza de leche con cacao y a las de sus padres con café, en el centro de la mesa, había una fuente llena de churros. Se relajó de gusto.

–Papá ha bajado a comprarlos –le dijo su madre.

Le encantaban los churros. Por eso se lanzó a los brazos de su padre y le besó con fuerza.

–Gracias, papá.

Cuando iba por el tercer churro, recordó una conversación que había tenido el día anterior, a la salida del colegio, con dos niños de otra clase, a los que solo conocía de vista.

–¿Es verdad que los chinos comen perros? –preguntó.

Su padre le respondió con otra pregunta:

–¿Dónde has oído eso?

–Me lo dijeron dos niños del colegio.

El padre se encogió elocuentemente de hombros.

–Bueno, nosotros comemos vacas, corderos, conejos, pollos... Y hasta caracoles.

–¿Y los chinos comen churros?

–Seguro que no.

Entonces, Mari Pepa se dijo que no cabía la menor duda: ella no era china. No podía serlo llamándose Mari Pepa García Pérez y desayunando churros. Pero al mismo tiempo que pensaba esto, recordó su rostro en el espejo del cuarto de baño: su pelo tan liso, su nariz chata, sus pómulos grandes, sus ojos alargados...

–Decidme cosas de color amarillo –propuso a sus padres.

–Pues... la corteza de un limón –dijo el padre.

–El canario de la vecina de arriba –añadió la madre.

–La camiseta de la selección de fútbol de Brasil
–continuó el padre.

Y no supieron decir más.

–¿Es que no hay más cosas amarillas? –se molestó Mari Pepa–. Esas ya se me habían ocurrido a mí.

El padre y la madre se miraron y se encogieron de hombros.

En ese momento, a Mari Pepa le entraron ganas de hacer a sus padres esas preguntas que ya les había hecho otras veces, y a las que ellos habían respondido con todo tipo de explicaciones: «¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi país? ¿A qué mundo pertenezco?».

Sabía de sobra que sus padres la habían adoptado cuando solo tenía unos meses de vida, que habían tenido que hacer muchos trámites pesadísimos, que habían viajado a China varias veces, que organizaron una fiesta cuando por fin pudieron traerla, que la querían más que a nada en el mundo... Todo eso lo sabía. Y también sabía que adoraba a sus padres y que no podía entender la vida sin su compañía y su cariño.

Lo sabía, pero últimamente no hacía más que hacerse preguntas y más preguntas. Y en el fondo le daba rabia. Era más feliz cuando no se las hacía. Pensó que a lo mejor tenía que ver con que estaba creciendo. Su madre solía explicar muchas cosas afirmando que eran propias de la edad. Tendría que informarse de las cosas propias de una niña de diez años; así

nada la pillaría por sorpresa. Lo malo era que, si las preguntas iban en aumento, no quería ni pensar lo que sería su vida cuando tuviese quince o veinte años.

Unas palmadas de su madre la sacaron de su ensimismamiento.

–Baja de las nubes, Mari Pepa.

–No estoy en las nubes –protestó ella.

–Pues como no te des prisa, llegarás tarde al colegio.

Mari Pepa bebió un trago de leche y luego se quedó mirando la fuente. Aún quedaban cuatro churros. No le dio tiempo a pensarlo: su mano salió disparada y se apoderó de uno de ellos.

–Y si continuas comiendo churros, te dolerá la tripa.

Los tres salieron de casa juntos.

El horario de la tienda donde trabajaba su madre prácticamente coincidía con el del colegio. Y su padre, como era comercial, trabajaba visitando clientes, por lo que su horario era distinto cada día.

Pocas veces salían los tres juntos de casa y, cuando esto se producía, Mari Pepa se sentía muy contenta. No sabía explicar el porqué, pero le encantaba caminar por las calles del barrio, con la mochila cargada de libros al hombro, cogida de las manos de sus padres. El contacto le transmitía seguridad, confianza y, sobre todo, cariño.

–Una amiga mía se ha apuntado a unas clases de baile –les dijo de pronto.

–¡Qué bien! –exclamó el padre–. ¿Te gustaría apuntarte a ti?

–Sí –respondió con resolución Mari Pepa–. Me gustaría bailar sevillanas. ¡Me encantan las sevillanas!

Luego, se quedó un rato en silencio, pensativa. De nuevo volvieron a asaltarla esas preguntas que ya estaban empezando a obsesionarla. Un razonamiento se impuso a los demás; parecía muy claro y contundente. Lo expresó en voz alta, casi sin darse cuenta:

–¡Cómo voy a ser china si me llamo Mari Pepa García Pérez, me encantan los churros y quiero aprender a bailar sevillanas!

Los padres la miraron y luego intercambiaron una mirada entre sorprendida y desconcertada.

–¿Hay algo que te preocupe? –le preguntó la madre.

–Además, no me comería un perro por nada del mundo –concluyó Mari Pepa, rotunda.

En la puerta del colegio se encontró con un grupo de niños y niñas de su clase. Al verla, todos comenzaron a llamarla a voces:

–¡¡¡Mari Pepa!!!

Ella corrió a su encuentro y, animadamente, comenzaron a hablar de muchas cosas, saltando de una a otra sin orden ni concierto. Cosas del colegio, cosas del barrio, cosas que habían visto en la tele la tarde anterior... Sus conversaciones contribuían a aumentar el griterío del patio del colegio minutos antes de la entrada.

Cuando se dirigían a clase, le llamó la atención un cartel que alguien había puesto en el tablón de anuncios, sujeto por unas chinchetas. Aunque se trataba de una fotocopia de no muy buena calidad, podía distinguirse a un perro paticorto y alargado. Estaba de perfil, aunque tenía la cabeza vuelta hacia la persona que se supone le había fotografiado. En la parte superior, sobre la imagen del animal, había escritas dos palabras:

SE BUSCA.

Y debajo, una leyenda que decía lo siguiente:

PERDIDO PERRO DE RAZA TECKEL
EN LAS INMEDIACIONES DEL COLEGIO.

SE GRATIFICARÁ A QUIEN LO ENCUENTRE.

Y al final se incluían dos números de teléfono, uno fijo y otro móvil.

SE BUSCA



PERDIDO PERRO DE RAZA TECKEL
EN LAS INMEDIACIONES DEL COLEGIO.
SE GRATIFICARÁ A QUIEN LO ENCUENTRE.



Uno de sus compañeros se detuvo junto a ella y también observó aquel cartel.

–Estará muy asustado, el pobre –comentó.

–Sí –Mari Pepa apoyó su afirmación con un movimiento de cabeza.

–¿Te gustan los perros?

–¡No me comería un perro en mi vida! –respondió ella con decisión.

El niño la miró muy sorprendido y se alejó sin entender nada. Cuando ella quiso reaccionar, ya lo había perdido de vista.

Luego, su mente comenzó a pensar cosas raras, como que ese perro de raza teckel no había desaparecido, sino que algún chino lo había secuestrado para hacerse un guiso con patatas. Sus propios pensamientos le parecieron repugnantes y echó a correr detrás de sus compañeros, que ya se alejaban por uno de los pasillos.

–Hoy he desayunado churros –dijo al darles alcance–. Me encantan los churros.

Durante la clase no pudo concentrarse en las explicaciones de la profesora, pues su mente, alterada e inquieta, daba saltos de un lado para otro. Recordaba su rostro en el espejo del cuarto de baño. Luego se imaginaba un plato con una montaña de churros. Después veía a un paticorto teckel huyendo aterro-

rizado por las calles del barrio. Por último, escribió su nombre en una hoja en blanco del cuaderno, como si quisiera convencerse a sí misma de que así se llamaba.

Mari Pepa García Pérez.

Y, de pronto, tuvo una idea.

Pasó con decisión la hoja del cuaderno, y en la siguiente, que también estaba en blanco, comenzó a escribir con un rotulador negro de trazo grueso. Quería que se viese muy bien lo que iba a poner.

Tuvo mucho cuidado de que las letras le salieran claras y, para que llamase más la atención, lo escribió todo con mayúsculas. Cada letra era un auténtico reto, y cada palabra, un triunfo. Cuando vio el cartel terminado, pensó que no podría hacerlo mejor ni aunque lo repitiese veinte veces.

En la parte superior, en el centro, con letras grandes y mayúsculas, a modo de cabecera, había escrito:

SE BUSCA

Y debajo, con letras ligeramente más pequeñas, pero no por eso menos rotundas, podía leerse:

PERSONAS QUE SEPAN LO QUE SON
PARA QUE ME AYUDEN A MÍ
A DESCUBRIRLO

Más abajo todavía, con letras minúsculas y prietas, porque el espacio del papel se terminaba, ponía:

A las cinco en la plaza del Árbol Solitario

(junto a la fuente)

Firmado: Mari Pepa

Tuvo que esperar hasta la hora del recreo para completar su plan. Cuando sonó el timbre, no salió disparada hacia el patio, como en otras ocasiones, sino que permaneció sentada hasta que los demás niños abandonaron el aula. Solo entonces arrancó con cuidado la hoja del cuaderno y, sin doblarla, llevándola agarrada con ambas manos como si temiera perderla, salió de clase y se encaminó hacia la puerta de entrada.

No había nadie por allí en esos momentos, cosa que la alegró, pues así evitaría curiosos y fisgones. Se dirigió al tablón de anuncios y buscó un hueco donde colocar su cartel. Tuvo que mover otros papeles, pero al final consiguió un espacio más que suficiente. Cogió cuatro chinchetas libres que estaban clavadas en el corcho y lo fijó con decisión.

—¡Perfecto! —comentó entre dientes.

Se leía con claridad lo que había escrito y, además, el trazo grueso del rotulador que había empleado hacía que su cartel destacase del resto. Pensó que se veía incluso mejor que el del perro teckel desaparecido.

Satisfecha, echó a correr en dirección al patio. Estaba segura de que sus compañeros habrían comenzado a jugar un partido de fútbol, como casi todos los días. No quería perderselo. Le encantaba el fútbol y, además, era la mejor defensa central de la clase. Todos lo reconocían. Le gustaba recordar una frase que había oído a un comentarista de televisión mientras retransmitía un partido de la selección y que hacía referencia precisamente al defensa central. «Es una muralla infranqueable», había dicho aquel comentarista.

—¡Soy una muralla infranqueable! —gritó a sus compañeros al incorporarse al partido, que acababa de comenzar.

Se quedó pensando en sus palabras. Recordó entonces que era en China donde existía una de las murallas más famosas del mundo. ¿Por qué había tenido que compararse con una muralla? ¡La muralla china! No le gustaría que sus compañeros le pusiesen ese apodo: «Mari Pepa, la Muralla China».

En ese momento vio acercarse a un delantero del equipo contrario con el balón controlado. Ella era la última defensa. Si la superaba, se plantaría solo delante del portero, y ese chico era de los que mejor chutaban, con fuerza y colocación. Decidida, corrió a su encuentro, estiró la pierna y cortó su avance. Los dos rodaron por el suelo.

—¡Penalti y expulsión! —gritó el delantero desde el suelo, indignado por la entrada.

–¡Se ha tirado a la piscina! ¡Ni lo he tocado! –grito ella frotándose la rodilla, que le dolía un poco.

«¡La Muralla China!», pensaba Mari Pepa, aunque no se atrevía a decirlo en voz alta. Los dos equipos se habían enzarzado en una discusión imposible para determinar si la entrada había sido o no penalti.

